

# El vuelo de la cirugía cosmética. Una historia de más de 50 años

## The Flight of Cosmetic Surgery. A History of More than 50 Years

Dr Enrique Hernández-Pérez

American Board of Cosmetic Surgery (ABCS)

Director del Centro de Dermatología y Cirugía Cosmética, San Salvador

Ex Presidente del Colegio Ibero Latinoamericano de Dermatología

Certificado por la American Board of Cosmetic Surgery

Caminante, no hay camino,  
se hace camino al andar

ANTONIO MACHADO

Es difícil no pensar en la propia formación personal al hablar de este tema. Los sentimientos y las emociones se entrelazan convirtiéndose en un entramado único, que trae a cuento las vicisitudes que afrontaron quienes se abrieron camino hacia una especialidad aún naciente. Así, mucho de lo que menciono aquí lo hago en primera persona. Considero que así lo pongo en contexto. Mis disculpas anticipadas por ello.

### Los inicios

Comencé mi residencia en dermatología en el Centro Dermatológico Pascua, de la Ciudad de México, en la segunda mitad del pasado siglo. El director era el recordado maestro Fernando Latapí, un caballero rígido y extremadamente honesto, de quien aprendí no sólo dermatología sino principios éticos casi inflexibles, sobre todo al tratar con pacientes delicados. Tan estricto como era, resulta fácil comprender su férrea oposición a la cirugía. El dermatólogo es un clínico, nos decía, y debe ser un experto en el diagnóstico de las enfermedades cutáneas; el tratamiento debía limitarse a medicamentos orales y tópicos. Los procedimientos quirúrgicos los debían practicar otros especialistas. Incluso las biopsias de piel tenían que ser referidas al cirujano general o al cirujano plástico. Difícil, ¿no? Pero esas eran las ideas que prevalecían y no sólo en México, sino en todos los servicios de dermatología alrededor del mundo.

En el Prefacio de su libro *Surgical rejuvenation of the face*,<sup>1</sup> Thomas Baker y Howard Gordon recuerdan que duran-

te su residencia fueron mejor entrenados en traumas y defectos congénitos que en cirugía estética. Lamentablemente –continúan Baker y Gordon– nuestro programa formal de entrenamiento en las universidades de Texas e Illinois fueron muy deficientes en cirugía estética, como lo fueron la mayor parte de los programas de la época. Eran días en que la sola mención de las palabras cirugía estética a nuestros profesores, de inmediato iban seguidas por un frío gesto de desdén. Como resultado, fuimos forzados a educarnos por nuestra cuenta en los tempranos años de práctica privada, ya que tanto entonces como ahora, el público asumía que el cirujano plástico era el máximo experto en cirugía estética. En cambio, recibimos con entusiasmo cualquier libro de cirugía estética que explicara *how-to-do-it*. Ése era el modo de pensar sobre la cirugía en dermatología y cosmética en la mente de aquellos profesores.

La palabra cosmética deriva de la raíz griega *cosmés*, que significa decorar, adornar o embellecer; de esta manera, el término cirugía *cosmética* fue totalmente condenado (un término completamente prohibido e impronunciable en el servicio del maestro Latapí, así como en cualquier servicio “serio” de dermatología); tal término debería quedar sólo para “cosmetólogas y en salas de belleza, pero nunca por médicos respetables”. Entre mis compañeros residentes se comentaba que si alguien estaba interesado en cosmética, corría el riesgo de ser expulsado de nuestro hospital. El interés por lo prohibido avivó la búsqueda de más información. En mi caso, creció mi interés, primero en la cirugía dermatológica y después por la cirugía cosmética.

Mientras tanto, continuaba con mi interés quirúrgico y recibía enseñanza de un extraordinario profesor en oncología cutánea, el doctor Jorge Peniche. Una vez por

### CORRESPONDENCIA

Dr Enrique Hernández-Pérez

99 Avenida Norte y Paseo General Escalón, Plaza Villavicencio, tercer nivel, Local 3-1 3-2, San Salvador, El Salvador

semana, los miércoles, asistía toda la mañana a su servicio en el Hospital General y veíamos los casos de cáncer de la piel, en lo cual el doctor Peniche era un gran experto y nos maravillaba con sus conocimientos más que enciclopédicos. Aprendimos que la biopsia era imprescindible, así como el conocimiento general de la microscopía. Cuando algo no encajaba plenamente con su hipótesis, lo discutía con la jefe de patología hasta aclararlo. Eso nos confirmó que un cirujano de piel tenía que ser primero un excelente clínico y dermatopatólogo.

Más tarde, ese mismo día, llegaba el doctor Enrique Margarit para operar los casos programados. El doctor Margarit era no sólo un habilísimo cirujano plástico, sino un médico muy simpático y ocurrente. Siempre comenzaba su día diciendo: “La cirugía es una ciencia cara y desperdiciada” (nunca supe por qué). Luego agregaba: “Deben tratar muy cortésmente a sus pacientes. En mi caso –proseguía–, yo nunca recuerdo los nombres, pero las caras –hacía una pausa– ¡Ah! Ésas sí que siempre las olvido”.

Con el doctor Margarit las técnicas más complejas se simplificaban. Todo lo hacíamos con anestesia local y en un quirófano que no era más que una pequeña habitación desprovista de todo. Los resultados siempre eran muy buenos por la pericia del cirujano.

Con el doctor Margarit aprendí a simplificar los colgajos; recuerdo especialmente el Imre, con su maestría y seguridad. Aún no existía otro tipo de anestesia, así que aprendimos a manejar el sangramiento y a minimizar el edema postquirúrgico usando vendajes compresivos.

Nunca comprendí de dónde saqué la fortaleza necesaria (o la imprudencia) para platicarle mis deseos en este sentido al maestro. Mi sorpresa fue mayor aún cuando el profesor Latapí no sólo estuvo de acuerdo con ello, sino que me recomendó para que fuese aceptado como residente vespertino (de las 16:00 a las 21:00 horas, siguiendo con las guardias) en el Servicio de Cirugía Plástica del Hospital General; en ese entonces el jefe era el profesor Fernando Ortiz Monasterio, de sólida reputación mundial por sus técnicas. Esto fue especialmente valioso para mí, ya que aunque había tenido una buena formación quirúrgica durante mi pregrado, nunca había tenido un entrenamiento formal en cirugía plástica. Definitivamente aprendí mucho de las enseñanzas del maestro Ortiz Monasterio, pero quizá mucho más del grupo de residentes con quienes compartí largas horas de apretado trabajo en los turnos vespertinos o nocturnos.

### El inicio de la cirugía cosmética

Al mismo tiempo que avanzaba en dermatología, mi interés continuó creciendo en técnicas quirúrgicas y en cono-

cer sobre cosmética. Pronto cayeron en mis manos libros sobre cosmética y me hicieron avistar un nuevo mundo: la cosmética médica. Quizá el primero y más importante para mí en ese momento fue *Cosmética dermatológica práctica*,<sup>2</sup> de los maestros argentinos Marcial Quiroga y Carlos Guillot. Si profesores de su talla científica y prestigio podían escribir sobre estos temas, entonces se trataba de una especialidad científicamente reconocida. Eso también expandió mis horizontes y comencé a pensar en Buenos Aires como mi siguiente destino científico. Sin embargo, todo dependía de la decisión del profesor Latapí, quien creyó más conveniente enviarme primero a São Paulo con el profesor Sebastião Sampaio.

El profesor Sebastião Sampaio (figura 1) no practicaba cirugía dermatológica, pero apoyaba totalmente a quienes se interesaran en ese campo. Los siguientes dos años los pasé en el Hospital das Clínicas, el más grande de Brasil, trabajando en cirugía de piel; aprendí que la dermatología quirúrgica implicaba conocer también dermatopatología. Aprendí además una nueva palabra, cosmiatría, y su significado.

El término cosmiatría fue acuñado por el profesor Auriel Voina, en 1959, durante el XIX Congreso Internacional de Dermatología en Estocolmo. La palabra deriva de dos raíces griegas, *cosmés*, que significa embellecer, y *iatrós*, es decir, médico. En otras palabras, implica *la cosmética practicada por un médico o bajo su supervisión*. Y por supues-



**Figura 1.** Profesor Sebastião Sampaio, jefe del Departamento de Dermatología y Enfermedades Tropicales, Hospital das Clínicas, São Paulo, Brasil. Un caballero muy gentil y un brillante dermatólogo. Fue presidente del Colegio Ibero Latinoamericano de Dermatología.

to no existe ninguna razón para condenarla si se usa bien.

En ese tiempo también aprendí que Buenos Aires era la ciudad en la cual la cosmiatría estaba más desarrollada. Felizmente, el profesor Sampaio tuvo la gentileza de recomendarme con el profesor Aarón Kaminsky, jefe de Dermatología y Cosmiatría del Hospital Tancredo de Alvear, nada menos que con el más reconocido profesor en ese campo. El paso de la dermatología cosmética a la cirugía cosmética fue un cambio obligado.

Aarón Kaminsky fue un dermatólogo excepcional (figura 2) y poseía una memoria prodigiosa. Cuando lo escuchaba discutiendo casos, me daba la impresión de que toda la dermatología estaba grabada en su mente. No sólo sabía de la patología en sí, sino que conocía perfectamente los nombres de los médicos que las describieron y las fechas en que lo hicieron. Pero también fue muy grande su admiración por la cosmética médica y quirúrgica. En todo caso, insistía en los principios éticos y el trato digno y compasivo para los pacientes.

En ese tiempo aún allí persistía el rechazo hacia la cosmética médica. El propio profesor se lamentaba contándome que muchos de sus colegas le llamaban, despectivamente, “el peluquero Kaminsky”. Las mentiras y calumnias a veces se revierten contra quien las propala. En un lapso no muy largo, los demás dermatólogos ad-

virtieron la clase de cosmética de altura que desarrollaba el profesor, y se volcaron hacia ello. Pronto casi todos sus antiguos detractores se convirtieron en sus admiradores y contaban con sus propios departamentos de cosmiatría dentro de sus servicios. “Cosas veredes, amigo Sancho.”

Al mismo tiempo que avanzaba en dermatología y cosmiatría, varios colegas hacían su residencia en cirugía plástica. Entre ellos, hice una estrecha amistad con el doctor Abel Chajchir, quien años después hizo una brillante carrera en la especialidad. Incidentalmente, fue Abel una de las primeras personas de quienes escuché sobre “ese procedimiento para extraer grasa del cuerpo a través de cánulas”. Como en ese tiempo era difícil obtener bombas de succión, el doctor Chajchir usaba una de su invención. Para ello la adaptó a partir del motor de un camión, el cual hacía un ruido horrible, pero aspiraba la grasa.

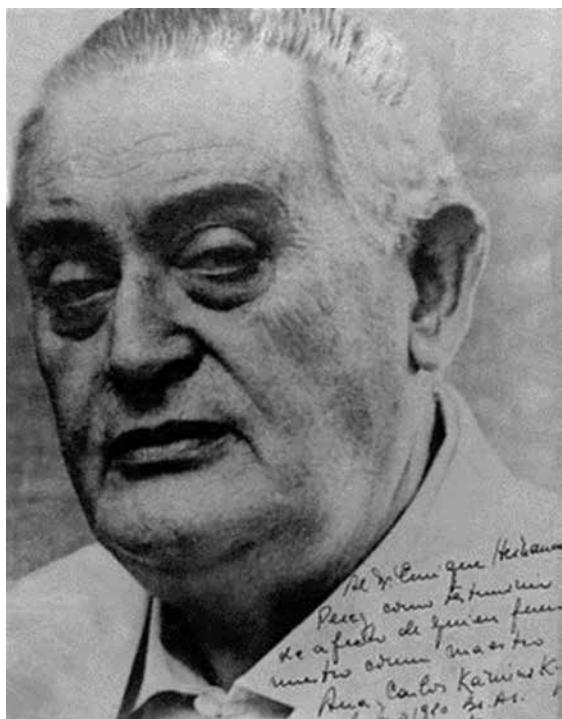
### De nuevo en San Salvador

Pronto, después de mi regreso a San Salvador, fui nombrado profesor de dermatología en la Facultad de Medicina de la Universidad de El Salvador. Ciertamente no fue por mis escasos méritos, sino porque yo disponía de todo el tiempo necesario para la docencia. Debido a mi interés de siempre por la cirugía dermatológica y cosmética, orienté mis programas de pre y postgrado hacia un enfoque quirúrgico. Fue una época de trabajo sumamente intenso pero muy productivo, operando un enorme número de casos de cáncer de la piel. A mis pacientes privados los comenzaba a operar después de las 7:00 p.m. o los fines de semana.

El interés por la cirugía dermatológica fue creciendo alrededor del mundo. Los nombres de varios cirujanos cosméticos aparecen firmemente impresos en la historia de la cirugía cutánea. Unos pocos entre ellos: L. Field, H. Roenigk, N. Orentreich, W. Coleman, S. Stegman... En los años que siguieron hubo numerosos cursos, muchos del tipo *hands-on* con pacientes en vivo en dermabrasión quirúrgica, trasplantes de pelo, *peeling* profundo y láse-res, entre muchos otros.

El autor tuvo el privilegio no sólo de asistir a varios de ellos, sino de participar como expositor. A este respecto es digno de mencionar la aparición de mi *golden peel*, el cual se ha usado satisfactoriamente en varios problemas cosméticos, como rejuvenecimiento facial, cicatrices postacné, estrías distensas, acné activo, e incluso en el tratamiento de la alopecia androgenética.

En el año 1981 fue el turno de la liposucción. De nuevo tuve el honor de asistir a varios de tales cursos teóricos y prácticos sobre esta “nueva” cirugía, incluyendo aquellos excelentes programas de rotación por diferentes



**Figura 2.** Profesor Aarón Kaminsky, jefe del Departamento de Dermatología del Hospital Tancredo de Alvear, en Buenos Aires, Argentina. Fue el auténtico padre de la cosmiatría. Un verdadero privilegio verlo durante su consulta privada.



“surgicenters” dirigidos por distinguidos miembros de la Academia Americana de Cirugía Cosmética. Allí conocí e hice amistad con personalidades como Julius Newman (figura 3), Gary Fenno, Richard Webster y Howard Tobin. Excelentes colegas e incansables maestros. Fue sin duda un alto honor trabajar con ellos y recibir sus enseñanzas. Pronto yo estuve operando más y más casos de “lipo” y obteniendo muy gratificantes resultados. De esa manera mi experiencia creció cada vez más, y pronto fui solicitado como expositor en los magníficos cursos presentados en el Departamento de Cirugía Cosmética del Hospital de Graduados de Filadelfia. En aquel tiempo, nuestra principal preocupación era determinar la cantidad total (máxima) de anestesia local para hacer más grandes y seguras nuestras aspiraciones de grasa. Hasta ese momento, la cantidad máxima del aspirado rara vez excedía 1,5 litros en total.

Un día, el viernes 7 de junio de 1986, durante uno de aquellos cursos en Filadelfia, yo estaba en la primera fila, entre Richard Webster y Pierre Fournier (figura 4), listo para presentar un trabajo sobre aspiración de “grandes” volúmenes, cuando un dermatólogo poco conocido –hasta ese momento– caminó hacia el pódium para presentar una disertación sobre su “nueva técnica tumescente”. Hasta ese día, la máxima cantidad “segura” de lidocaína era de 7 mg/kg. Cuando Klein explicó que él pudo administrar sin problemas hasta 35 mg/kg, yo y mis dos compañeros nos miramos horrorizados, creyendo que aquel colega por lo menos estaba muy mal informado. Los hechos que siguieron, sin embargo, probaron que los equivocados éramos nosotros y Jeffrey tenía absoluta razón.

Sin la menor duda, la técnica tumescente de Klein marcó un antes y un después en liposucción y constituyó la auténtica piedra angular en lo que respecta a la anestesia local en cirugía dermatológica.

A raíz de estos acontecimientos se suscitó una enorme cantidad de congresos y cursos sobre lipo en diferentes partes del mundo. Para nuestra suerte, pudimos participar como expositores en muchos de ellos. Cannes, Hawái, Londres, París y Berlín están entre los muchos sitios donde se conocieron los avances en cirugía cosmética. A veces se trataba de sitios muy especiales, por ejemplo, en un crucero en el Mediterráneo, navegando entre Marsella y Córcega (figura 5).

Los grandes maestros de la cirugía cosmética también fueron muy humildes. Al participar en los cursos de Filadelfia, tuve la oportunidad de hacer una amistad bastante estrecha con muchos de ellos. Pierre Fournier fue grande también en el sutil arte de simplificar las técnicas que parecían muy complicadas. Temprano en el desarrollo de la lipo, yo estaba listo para comprar una máquina muy cara



Figura 3. El doctor Hernández-Pérez con los profesores Giorgio Fisher y Pierre Fournier. Fisher y Fournier son los verdaderos padres de la liposucción.



Figura 4. En el centro, de traje azul pálido, el profesor Julius Newman, Filadelfia. El profesor Newman (“Dr. Nose”) fue el verdadero motor de la cirugía cosmética y uno de los fundadores de la American Academy of Cosmetic Surgery.



Figura 5. El doctor E. Hernández-Pérez con el profesor P. Fournier durante un break entre conferencias, en un crucero entre Marsella y Córcega, en el Mediterráneo.

para aspirar e infiltrar grasa, cuando Pierre me llamó aparte. “Enrique –me dijo–, en vez de comprar ese aparato, mejor compra una sencilla y barata jeringa descartable de 20 cc y tendrás mejores resultados. Trata la grasa muy delicadamente y tus resultados serán mucho más duraderos.”

Sus consejos resultaron realmente inapreciables. Hasta la fecha continúo usando jeringas de 20 cc en mis cirugías.

### Despegue y avance de la cirugía cosmética

En 1989 fui elegido presidente del Colegio Ibero Latinoamericano de Dermatología y por supuesto aproveché esta oportunidad para fomentar la cirugía dermatológica y cosmética en nuestras áreas de influencia.

Ese mismo año publiqué el primer libro en español sobre el tema *Cirugía dermatológica práctica*,<sup>3</sup> que tuvo una buena aceptación (no había otro) y vio varias ediciones. Aparecieron además publicaciones de excelente calidad científica y amplia difusión. En Buenos Aires, *Actualizaciones Terapéuticas Dermatológicas y Cosméticas*, dirigida por el profesor Miguel Allevato, fue un referente obligado de estos temas, principalmente en Centro y Sudamérica. En Monterrey, México, el empuje del profesor Jorge Ocampo propició el nacimiento de *Dermatología Cosmética, Médica y Quirúrgica*, que constituyó una lectura más que obligada para todos los interesados en estos temas. Y continúa siendo indispensable, no sólo en Norteamérica.

Varios libros de gran calidad<sup>4,5</sup> apoyaron ampliamente la posición de la cirugía dermatológica y cosmética como auténticas y respetables especialidades, constituyendo, en nuestro criterio, el brazo que le faltaba a la dermatología.

Para entonces, el avance de la cirugía dermatológica y cosmética ya era imparable, y lo mejor, ahora desprovista de esa antigua y errónea creencia de que carecía de un auténtico soporte científico y que debía ser practicada sólo en salas de belleza. Reconocida ahora como una verdadera especialidad de la dermatología, se enfocaba en nuevos horizontes reales.

Todos estos hechos hicieron posible el nacimiento de la Meso American Academy of Cosmetic Surgery, filial de la American Academy, así como de su revista en línea *Meso American Journal*. Esta sociedad, orientada exclusivamente hacia la cirugía cosmética, ha llevado a cabo varios congresos de alta calidad científica. La sociedad tiene su sede en la ciudad de San Salvador y proporciona entrenamiento a médicos que llenen los requisitos, similares a los del American Board of Cosmetic Surgery (ABCS). Entre sus actividades destacan reuniones para leer y comentar capítulos de los libros más importantes en anatomía y técnicas quirúrgicas, así como realizar prácticas en cadáver fresco o cursos con pacientes en vivo.

### La cosmética... ¿ángel o demonio?

Como médicos es imprescindible aceptar que los pacientes constituyen el principio y el fin de nuestra práctica. Jamás deberán prevalecer los intereses económicos.

La cirugía cosmética es la cirugía del embellecimiento, es decir, de la autoestima. Y en este sentido aconsejamos a las pacientes que no nos pidan determinado procedimiento porque así lo quiere su esposo o una amiga. Le explicamos que debe “sentir” que lo necesita, que al verse al espejo sienta por sí misma que se verá mejor.

Aunque no hay una clara diferencia idiomática estricta entre cosmética y estética, tradicionalmente se usa el término de cirujano cosmético para un médico especialista en alguna de las disciplinas señaladas, quien adicionalmente ha cumplido un entrenamiento completo, de al menos un año, exclusivamente en cirugía cosmética. Además, luego de haber aceptado sus credenciales, se le exige aprobar un examen oral y escrito por sus pares en la especialidad. Estos son los criterios exigidos estrictamente por la Academia Americana de Cirugía Cosmética (el autor los aprobó en 1990), y se considera que son los adecuados para ser seguidos en otras latitudes.

Un médico estético es aquel colega que, luego de graduarse como médico general, realiza cursos de estética. Ambos expertos son muy importantes. Lo que falla a veces es la información adecuada a los pacientes, así como el tipo de procedimientos que dominan. Muchos de ellos se apoyan, para su práctica, en cosmetólogas o trabajan en *spas*. Tanto los médicos como las expertas son extremadamente importantes en sus respectivos campos. En esto pueden ser de mucha importancia las sociedades médicas, las universidades o los organismos estatales.

En fin... ¿Hay que combatir a la cirugía dermatológica o cosmética? No, absolutamente no. Todos, cirujanos cosméticos, dermatólogos, médicos esteticistas y cosmetólogas tenemos papeles bien definidos y necesarios. Pero debemos reconocer y respetar nuestras posiciones y hacerlo así del conocimiento de los pacientes.

### BIBLIOGRAFÍA

1. Baker T J y Gordon H, *Surgical rejuvenation of the face*, Mosby, St Louis, 1986.
2. Quiroga MI, Guillot CE, *Cosmética dermatológica práctica*, 2ª ed, El Ate-neo, Buenos Aires, 1955.
3. Henández-Pérez E, *Cirugía dermatológica práctica*, Universidad Centroamericana José Simenón Cañas, San Salvador, 1982.
4. Stegman SL, Tromovitch TA y Glogau R, *Cosmetic dermatologic surgery*, Year Book Med Pub, Chicago, 1984.
5. Salasche SJ, Berstein G y Senkrarik M, *Surgical anatomy of the skin*, Apple-ton & Lange, Connecticut, 1988.